DRAMATURGIA HAMLET - INFIESTO 2015
==========

1)

REINA.- ¡Dulces aromas a la dulce! Adiós. Esperaba que hubieras sido la mujer de mi Hamlet.
LAERTES.- Sujetad un momento la tierra hasta que la estreche otra vez en mis brazos. (*Salta dentro de la fosa*)
HAMLET.- Soy yo, Hamlet de Dinamarca (*Salta a la fosa detrás de Laertes)*
LAERTES.- ¡El diablo se lleve tu alma! *(Lucha contra Hamlet)*
HAMLET.- Por favor, quítame los dedos de la garganta. ¡Quita la mano!
REY.- ¡Separadles!
REINA.- ¡Hamlet, Hamlet!
HORACIO.- Mi buen señor, calmaos.
HAMLET.- ¿Qué quieres hacer por ella? ¿Quieres llorar? ¿Quieres luchar? ¿Quieres ayunar? ¿Quieres hacerte pedazos? ¿Quieres beber vinagre o comerte un cocodrilo? Yo lo haré. Entiérrate vivo con ella, y yo haré lo mismo. Si quieres gritar, vocearé como tú. Yo amaba a Ofelia: cuarenta mil hermanos, con toda su intensidad de cariño, no alcanzarían mi suma.

2)

REINA.- Un dolor va pisando los talones a otro: tu hermana se ha ahogado, Laertes.
LAERTES.- ¡Se ha ahogado! ¿Dónde?
REINA.- Hay un sauce que crece a través de un arroyo. Allí, al trepar sobre las ramas para colgar sus coronas de hierbas, un maligno mimbre se rompió, y sus trofeos vegetales y ella misma cayeron al lloroso arroyo: sus ropas se extendieron y la sostuvieron un rato a flote como una sirena, mientras ella cantaba trozos de viejas melodías, pero no pudo tardar mucho que sus vestidos, pesados de tanto beber, arrebataran a la pobre desgraciada de su canto melodioso a la fangosa muerte.
ALERTES.- Ay, ¡entonces se ha ahogado!
REINA.- Se ha ahogado, se ha ahogado.
ALERTES.- Demasiada agua tienes, pobre Ofelia, y por eso me prohíbo la lágrimas, pero tengo en mi palabras de fuego que querrían salir en llamaradas, si no fuera porque esta debilidad las apaga.

3

OFELIA.- ¿Dónde está la bella Reina de Dinamarca?
REINA.- ¿Qué hay, Ofelia?

OFELIA.- Ay, señora, ya se ha muerto,
muerto está, se nos marchó:
por almohada un matorral,
junto a los pies, un terrón.
Como nieve es la mortaja
toda cubierta de flor:
le enterraron sin mojarle
lagrimas de fiel amor.

REY.- ¿Cómo estás, linda damita?

OFELIA.- Bien, Dios os lo pague. Dicen que la lechuza era hija de un panadero. Señor, sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser. Dios esté en vuestra mesa.

REY.- ¡Imaginaciones por su padre!

OFELIA.- Por favor, no hablemos nada de esto: pero cuando os pregunten lo que quiere decir, decid esto:

Mañana es día de San Valentín:
al despuntar el día,
yo, doncellita, iré hasta su ventana
a ser tu Valentina.
Y él fue, se levantó, se puso el traje
y corrió a abrir la puerta,
y así entró la doncella, que ya no
volvió a salir doncella.
Por Jesús, y la santa caridad,
¡qué vergüenza más grande!
Los mozos lo hacen siempre, en cuanto pueden,
¡qué gente tan infame!
Ella dice: - Tú hablaste de casarnos
antes que me tumbaras.
- Por el sol, que así fuera, si no hubieses
venido tú a mi cama.

Espero que todo irá bien. Hemos de tener paciencia, pero no puedo menos de llorar al pensar que le hayan puesto en el frío suelo: mi hermano lo sabrá, y así, os agradezco vuestro buen consejo. Venga, mi carroza; buenas noches, señoras; buenas noches, buenas noches.

4)

OFELIA.- Con la cara descubierta
le llevaron a enterrar,
tralará, lará, lará,
y llovieron muchas lagrimas

donde su sepulcro está.
LAERTES.- Si estuvieras cuerda y me incitaras a la venganza, no me moverías tanto.
OFELIA.- "Abajo, abajo; llamadle, abajo"
Aquí hay romero; es el recuerdo. Por favor, amor, recuerda; y aquí hay violetas, para los pensamientos.
Aquí tenéis hinojo, y aguileñas, aquí tenéis ruda, para vos, y un poco para mi. Podemos llamarla hierba de gracia de los domingos: ah, debéis llevar vuestra ruda de modo diferente. Hay una margarita: os daría violetas, pero se marchitaron todas cuando murió mi padre. Dicen que tuvo buen fin: (*Canta*) ¿Y no volverá?

¿Y no volverá?
No, que muerto está:
a tu lecho de muerte,
que él no volverá.
Su barba era blanca nieve,
su cabeza, como el lino;
se ha marchado, se fue ya:
gimamos, que se lo lleve
a su seno el Juez divino.

¡Quedaos con Dios!
LAERTES.- La tristeza y la aflicción, la pasión y el infierno mismo, ella los convierte en gracia y lindeza.
Su modo de morir, su entierro secreto, sin trofeo, ni espada, ni enseña sobre sus huesos, sin rito noble, sin ostentación ceremoniosa, claman por ser oídos, como desde el Cielo a la Tierra, para que yo pida cuentas.
REY.- Así ha de ser: y donde esté la culpa, que caiga la gran hacha.

5)
OFELIA.- Mi buen señor, ¿cómo ha estado Vuestra Alteza en tantos días?
HAMLET.- Humildemente te doy las gracias: bien, bien, bien.
OFELIA.- Señor, tengo recuerdos vuestros que hace mucho deseo devolveros. Os ruego que los recibáis ahora.
HAMLET.- No, no, nunca os he dado nada.
OFELIA.-Mi ilustre señor, sé muy bien que sí me disteis, y con ellos, palabras compuestas de tan dulce aliento, que enriquecían aún más aquellas cosas. Perdido su perfume, tomadlas otra vez, pues para él ánimo noble, los dones ricos se vuelven pobres cuando los donadores resultan crueles. Aquí están, señor.
HAMLET.- ¡Ah, ah! ¿Sóis honesta?
OFELIA.- ¡Señor!
HAMLET.- ¿Sóis bella?
OFELIA.- ¿Qué quiere decir Vuestra Alteza?

HAMLET.- Que si sois honesta y bella, vuestra honestidad no debería admitir trato con vuestra belleza.
OFELIA.- Señor, ¿podría la belleza tener mejor trato que con la honestidad?
HAMLET.- Si, de veras. Yo os amé en otro tiempo.
OFELIA.- En efecto, señor, así me lo hicisteis creer.
HAMLET.-No deberíais haberme creído. No os amé.
OFELIA.- Tanto más engañada fui.
HAMLET.- Metete en un convento.¿Por qué querrías engendrar pecadores? Yo mismo, soy medianamente honrado, y sin embargo, me podría acusar de tales cosas, que más valdría que mi madre no me hubiera parido. Soy muy orgulloso, vengativo, ambicioso, con mas culpas a mi cargo que pensamientos en que ponerlas, o imaginación con que darles forma, o tiempos en que hacerlas. ¿Qué hacen los tipos como yo, reptando entre el cielo y la tierra? Somos unos bribones acreditados. No nos creas a ninguno de nosotros. Métete en un convento. ¿Dónde está tu padre?
OFELIA.- En casa, señor.
HAMLET.- Haz que le cierren las puertas encima, para que no pueda hacer el tono más que en su casa. Adiós.
OFELIA.- ¡Ah, socorredle, dulces Cielos!
HAMLET.- Si te casas, te daré esta maldición como dote: aunque seas tan casta como el cielo, tan pura como la nieve, no escaparás a la calumnia. Metete en un convento. Vete, adiós. O, si no tienes más remedio que casarte, cásate con un tonto, pues los hombres listos saben suficientemente bien que monstruos hacéis de ellos. A un convento vete, y además de prisa. Adiós.
OFELIA.- ¡Ah poderes celestiales, curadle!
HAMLET.- Ya he oído hablar de sobra de vuestras pinturas: Dios o ha dado una cara, y os hacéis otra: andáis a brincos, os contoneáis, ceceáis, poneis apodos a las criaturas de Dios, y hacéis de vuestra ignorancia vuestra lascivia. Vamos allá; no quiero hablar más de ello, me ha vuelto loco. Digo que no quiero mas bodas. Los que ya estan casados, viviran todos, menos uno: los demás, que se queden como están. Vete a un convento.
OFELIA.- ¡Ah qué mente noble está trastornada aquí! El ojo, la lengua, la espada del cortesano, del soldado, del sabio: la esperanza y la rosa del buen gobierno; el espejo de la moda, el modelo de las formas; la observancia de todos los observantes, caído, completamente caído, y yo, la más miserable y desgraciada de todas las damas, que libaba la miel de sus musicales juramentos, ahora veo esa noble razón soberana, ese modelo de la juventud florida, agostada por la locura. ¡Ay de mi, que he visto lo que he visto, y veo lo que veo!
6)

LAERTES.- En cuanto a Hamlet, y a esas bromas de su complacencia, considéralo una moda y un juego de su sangre. Algo prematuro, no permanente; dulce, no duradero. No lo creas más. Considera que pérdida puede sufrir tu honor si escuchas sus cantos con oídos demasiado crédulos. Témelo, Ofelia; témelo, mi querida hermana. Se cauta, pues: la mejor seguridad reside en el temor.
OFELIA.- Guardaré el sentido de esta buena lección
POLONIA.- En cuanto al príncipe Hamlet no creas sus juramentos. Desde ahora, escatima tu presencia virginal.

7)

OFELIA.- Señor, estaba cosiendo en mi cuarto, y en esto el príncipe Hamlet, con el jubón todo abierto, sin gorro en la cabeza, con las medias sucias, sin ligas y caídas hasta el tobillo como grilletes; tan pálido como su camisa, con las rodillas entrechocándose, y una mirada de expresión tan digna de piedad como si le hubieran soltando del infierno para hablar de horrores; así se presentó ante mi.
Me agarró por la muñeca, sujetándome fuerte. Luego extendió el brazo, todo lo largo, y, con la otra mano así, sobre la frente, se puso a observarme la cara tan atentamente como si la quisiera dibujar. Largo tiempo quedó así: por fin, sacudiéndome un poco el brazo, y moviendo tres veces la cabeza así, de arriba abajo, lanzó un suspiro, tan lamentable y profundo, que pareció agitar todo su cuerpo y acabar con su ser. Hecho esto, me dejo ir, y con la cabeza vuelta sobre el hombro, salió por la puerta, sin dejar de mirarme.
POLONIA.- ¿Le has dicho últimamente palabras duras?
OFELIA.- No, mi buen señor, sino, como mandasteis, rechacé sus cartas, y le negué el acceso a mi.
POLONIO.- Eso le ha vuelto loco. El príncipe Hamlet es un príncipe fuera de tu estrella: esto no debe ser.

8)

HAMLET.- Al ídolo de mi alma, a la celestial y hermoseada Ofelia. A su excelso y blanco seno. Duda que cada estrella sea una hoguera, duda que el sol camina el año entero, duda que la verdad sea sincera, pero no dudes nunca que te quiero. Ah mi querida Ofelia, me encuentro mal en esta métrica: no tengo arte para contar mis gemidos; pero que te quiero más que nada, oh tú más que todo en el mundo, créelo. Adiós. Tuyo para siempre, amadísima señora, mientras esta maquinaria siga siendo suya; Hamlet.

¿FE O ETICA?

==========

Según dice Eugenio Barba hay un mito que infecta a todos los países y es el mito de: “aquí no se puede hacer nada”, “ahí es mas fácil de lo que es aquí”, “ahí hay mucha más disponibilidad para la cultura”. Y ese mito podemos aplicarlo también a frases del tipo: “aquí no vas a conseguir nada”, “no sirves para nada”, “aquí nunca vas a triunfar”, “en Asturias no hay nada que hacer”. Una y otra vez, y más ahora en medio de esta crisis, oímos estas frases, nos las dicen, nos las decimos a nosotros mismos y terminamos por creérnoslas

Pero, ¿no será una mentira compartida? O, mejor, ¿una autojustificación para no hacer nada?

Porque, en realidad, ¿para qué queremos ser actrices y actores? ¿Solo para triunfar? ¿Hacemos teatro solo para ser famosos?

¿ No será que muy a menudo olvidamos que hacer un cierto tipo de teatro es una forma particular de libertad por la que hay que pagar un precio?

En este tiempo de crisis que nos está tocando vivir, donde lo que impera es la tiranía de un capitalismo salvaje que incluso pretende eliminar el teatro porque le es incomodo, porque tiene ideas, porque habla de la realidad que no quieren que veamos, la libertad de hacer otro tipo de teatro es un lujo, un lujo que tienes pagar con tu dinero y con una vida demasiado dura.

El teatro, ahora casi por completo en manos de mercaderes – es el mercado y la crisis quien imponen las reglas, no puede ser de otra manera - , aspira al lujo del beneficio económico, del éxito fácil, de la televisión, del aquí te pillo, aquí te mato. Frente a esta realidad detestable, casi todos nosotros, sabedores de que el teatro no es una mercancía, nos rebelamos contra la dejadez y la indiferencia que nos circundan y repetimos sin cesar que el teatro ha de ser una isla de reflexión y de libertad. Pero, ante la primera tentación, ante el primer desfallecimiento, somos los primeros en cambiar esa libertad por un plato de lentejas, somos los primeros en comportarnos como nuevos mercaderes del teatro.

Si no la defendemos nosotros, ¿quién va a defender la dignidad de nuestro trabajo?

¿Todo esto es ética o solo fe?

Y la *fe, c*omo ya dijo Stanislavski, es uno de los elementos claves de la actuación: *El verdadero actor cree ingenuamente en lo que no existe*

No, todo esto es solo la evidencia de la necesidad de un nuevo comportamiento para que el teatro sea teatro y no mercancía, para que los actores seamos artistas y no meros bustos parlantes, para que el teatro esté ligado a la vida, para que el teatro diga la verdad, para que el teatro sea vida.

Pero en realidad ¿qué quiero decir cuando hablo de la ética del teatro o de la ética del actor?

No soy capaz de explicarlo claramente, pues son unos principios que no estan inscritos en ninguna tabla de la ley, pero se que, en el seno de un grupo de teatro, la ética se hace evidente en el trabajo y en el trato diario por medio del ejemplo.

Se que muchos de vosotros venís a los Encuentros en el Norte buscando nuestro ejemplo, incluso pidiéndonos que os inculquemos la fe en el teatro. Pero, en realidad, ¿qué ejemplo?, ¿qué fe?, ¿en que tipo de teatro?

Si soy sincero, más que de ejemplo y de fe, de lo único que os puedo hablar es de necesidad. La necesidad es lo que me obliga cada mañana a levantarme y trabajar en el teatro cada día. Esa es mi única realidad, la que me hace respirar, la que me da forma y sentido. Sin ella no podría vivir. No es, pues, de ejemplo o de fe de lo que os puedo hablar, sino de mi necesidad.

Pero también os podría hablar de los programadores que no te quieren programar. Que te dicen: *mi público no entiende vuestro teatro*. ¿Quién será su público? ¿Habrá medido su inteligencia? *Tenéis que hacer algo clásico* ¿Por qué solo teatro clásico? *Tenéis que actuar a taquilla y pagar vosotros la publicidad.*

Os podría hablar de la ausencia de literatura dramática española contemporánea en las programaciones de teatros y salas.

Finalmente, os podría hablar de la cantidad de grupos o de actores que no han sido capaces de convertir su deseo de hacer teatro en virtud, en resistencia, en ética y han quedado abandonados a su suerte, flotando por el mercado, a merced de todas las corrientes de la crisis que los acaba devorando. La falta de coherencia les ha llevado a perderse.

Pero no es del mercado, de los programadores, de los autores de teatro o de la cantidad de grupos y actores desaparecidos por la crisis de lo que quiero hablaros, ni de la mediocridad teatral que nos rodea.

Quiero hablaros de necesidad.

La necesidad de un espacio teatral, de una compañía de teatro, como trinchera donde proteger tu propia esencia, tu propia identidad, tus propias exigencias personales, tu propia libertad. Y estos Encuentros en el Norte, tras diecisiete años de existencia, este Colegio El Prial, se han convertido para muchos de vosotros, y también de notros, en ese espacio mágico, en esa isla flotante, donde, al menos una vez al año, hacer del duro y desprestigiado oficio del teatro una autentica necesidad.

Esta suma de necesidades, las vuestras y las nuestras, han hecho posible que estos encuentros lleguen a su diecisiete edición. Porque lo que aquí nos une y congrega va mucho mas allá de la trasmisión de recetas o exitosas formulas de actuación, lo que verdadera nos une es poner en

común nuestra necesidad de trascendencia, de ir un poco mas allá de nosotros mismos, de superar nuestros propios limites.
Y esa es la ética del teatro, ese es el valor del teatro como santuario, como isla flotante, como espacio donde proteger lo más importante de nosotros mismos, frente a un entorno que no nos gusta y nos limita.
Y creo que lo que me han enseñado estos 17 años de los Encuentros en el Norte es que esa necesidad es en realidad una forma de amor. Un amor que se hace visible a través de las ganas de trabajar, a través de la lealtad, de la obstinación.
Por eso lo único que os hemos podido transmitir en estos escasos días en Infiesto es esa obstinación, nuestro oficio, nuestra ética del teatro, nuestra pequeña herencia. Una herencia que se prolonga hacia el pasado en nuestros maestros y se proyecta hacia el futuro en todos vosotros, que ya formáis parte de nuestra raza, de nuestra patria. Por no decir que ya sois nuestra herencia.
Por eso os pediría a todos, y también a mi mismo, que cada vez que nos entre la desesperación y el cansancio, cuando nos venzan la indiferencia o la rutina, cuando una voz nos susurre al oído, *ya no tiene sentido*, *aquí no se puede hacer nada*, pensemos en Infiesto, en todo lo que hemos hecho, pensado y sentido aquí, durante estos diecisiete últimos años. Porque ese recuerdo, el recuerdo de las ganas, de la entrega, de la alegría, incluso de los madrugones, nos conforte en los momentos de desesperación, porque, más allá de las distancias geográficas y teatrales, todos formemos ya un pueblo, el pueblo secreto del Teatro del Norte. Un pueblo que sabe que através del teatro se puede defender un espacio de libertad. Un pueblo que sabe que, pese a lo que predican programadores y demás *mercaderes* del teatro, otro teatro es posible, como otro mundo es posible, por más que nos digan lo contrario políticos y telediarios. Como decía el gran Bertold Brecht: *No considerar lo habitual como cosa natural*.
Por eso no es nuestra fe lo que os podemos transmitir, sino nuestra necesidad. Nuestra necesidad de otro teatro, nuestra esperanza de que otro teatro es posible. Y sabemos que ese cambio es posible, que depende únicamente de todos nosotros, y que en ese cambio debemos de empeñarnos día y noche. Porque, como dice el refrán, se lucha por lo que se ama y no por lo que se odia.
¿Necesidad o ética?
Que importa el nombre, lo que si importa es que, tras estos días que hemos pasado juntos en Infiesto, tras estos diecisiete años de Encuentros en el Norte, sabemos que nuestra necesidad es la vuestra y que el cambio es posible, porque todos vosotros sois ya el autentico teatro del futuro.
Como decía Grotowski: *No trabajo para componer tratados, sino para ensanchar la isla de libertad que llevo conmigo. Debo resolver el problema*

de la libertad y de la tiranía de una manera práctica. Esto significa que mi actividad tiene que dejar huellas, ejemplos de libertad.
Por eso, y ya para acabar, os pediría que llevaseis este ejemplo por el mundo, que expandieseis la huella de los Encuentros entre amigos y conocidos, pues solo así será posible que todos nos volvamos a encontrar el próximo año en los XVIII Encuentros en el Norte.

Lugones, 29-7-15